

El concepto de modernidad en la obra de Francisco Márquez Villanueva: historiografía y literatura

Yannick Llored
 Université de Lorraine (Nancy)

[...] Nuestra misión es leer esos textos [de la tradición literaria] con el máximo de garantía de enterarnos de lo que realmente han querido decirnos los autores. Y sobre todo en una España en donde, por razones históricas, el pensamiento puro está muy mal tratado y el pensamiento puro ha tenido muchas dificultades para decir lo que siente y lo ha tenido que decir por vía literaria, esa es una cosa fundamental.

(F. Márquez Villanueva, entrevista con Francisco Peña)

No es inútil empezar estas reflexiones con un dato bastante curioso procedente de un recuerdo personal. En la primavera del 2005, estaba de visita en el apartamento que el gran hispanista y filólogo Francisco Márquez Villanueva –todos sus amigos lo llamábamos Paco– tenía en Isla Cristina (en la provincia de Huelva) frente al mar Atlántico, y allí constaté que entre los pocos libros alineados en pequeñas estanterías se encontraban dos del filósofo alemán Wilhelm Dilthey (1833-1911) en el centro de esa modesta biblioteca. De hecho, a lo largo de su trayectoria intelectual, Márquez Villanueva afirmó en diferentes ocasiones –e incluso llegó a decir recientemente “Yo me considero más *diltheyano* que *castrista*”¹– el interés central de la filosofía y del pensamiento sobre la hermenéutica de W. Dilthey que se manifiesta en su propia práctica de análisis de la literatura española y en su aproximación al hecho cultural peninsular. De modo muy claro –y, no obstante, poco atendido–, el filólogo también señaló en el prólogo de su libro *De la España judeoconversa* (2006): “He ido creciendo, por el contrario, en una benevolencia cada día más firme hacia la historia intelectual de base diltheyana, de tan alta promesa en nuestro caso peninsular, a pesar de hallarse todavía poco menos que en pañales” (18).

Pensador crucial de las ciencias del espíritu –o sea, nuestras ciencias humanas– y figura clave de la tradición hermenéutica europea, W. Dilthey es un autor importante que no atrae demasiado, hoy día, la atención de los lectores y que se ve algo reducido a un simple papel histórico –como una suerte de eslabón– en la hermenéutica filosófica contemporánea. Sin pretender aquí desarrollar una tarea de índole arqueológica para poner de relieve las profundas repercusiones de la filosofía diltheyana en la obra de Márquez Villanueva, es sin embargo esencial aclarar que la filología interdisciplinar de este último no se puede rigurosamente comprender sin tener en cuenta la aportación de la hermenéutica de W. Dilthey. Y, por eso, a diferencia de muchos filólogos españoles, Márquez Villanueva no dudó nunca en recalcar la función importante, a nivel teórico y epistemológico, de la reflexión hermenéutica en su trabajo de investigación centrado en la mejor comprensión de los textos a partir de una doble operación: a saber, la reconstrucción de las particularidades de un lenguaje literario inscrito en la diversidad de una tradición cultural y, de modo paralelo, la reconstrucción del pensamiento de un escritor para penetrar en las significaciones, en el valor intelectual e histórico de ese lenguaje literario.

Otra diferencia ineludible del quehacer estudioso de Márquez Villanueva respecto al panorama metodológico de la filología española reside en la utilización reiterada del concepto

¹ Peña 32 (se trata de una entrevista realizada por F. Peña a F. Márquez Villanueva en abril del 2008).

de modernidad², que recorre casi toda su obra (en particular, sus trabajos sobre algunos aspectos de la Edad Media peninsular, como por ejemplo el mudejarismo, pero sobre todo la literatura judeoconversa y la de Cervantes), abriendo así su labor filológica sobre las ciencias de la cultura a fin de dialogar con ellas a través de la perspectiva interdisciplinar en la cual se relacionan la historia social, la antropología cultural, la sociología del campo literario y la historia intelectual. Más allá, pues, de su reconocida adopción del enfoque historiográfico –es decir, a grandes rasgos, la indisociabilidad entre la literatura y la historia en la práctica de análisis– son los dos núcleos reflexivos y críticos orientados por la preocupación hermenéutica y el concepto de modernidad los que permiten explicar tanto la visión como las posiciones de Márquez Villanueva sobre el hecho cultural hispano en su complejidad y, a la vez, su singularidad, o sea, como él mismo repetía su “propio reloj”.

La relectura detenida que Márquez Villanueva hace de la hermenéutica de W. Dilthey se aleja de la de su maestro Américo Castro, bastante influida por M. Heidegger y J. Ortega y Gasset así como dotada de una significativa dimensión ontológica –el uso por Castro³ de la expresión “ontología vital” no es anódino–. Márquez Villanueva se distancia de este sustrato ontológico presente en la historiografía de su maestro y reconsidera la noción de funcionalidad propia del *hacer sentido* en el análisis de los textos en relación con sus condiciones reales de producción, las cuales solo se conocen si el crítico aplica pertinentes filtros depuradores sobre los parámetros del contexto histórico y sociocultural ligado a formas de vida. Adentrándose en este campo de laboreo, el enfoque antropológico ira adquiriendo un papel cada vez más central en el trabajo de investigación del filólogo para alcanzar un punto culminante en su libro *Orígenes y sociología del tema celestinesco* (1993). La hermenéutica diltheyana que asimila Márquez Villanueva extiende su productividad y alcance críticos para estar a la altura de nuevos desafíos, planteamientos y problemáticas en el seno de la filología interdisciplinar desarrollada por el estudioso.

Importa observar que la hermenéutica de la comprensión de W. Dilthey se configura, entre otros elementos, en torno a la expresión clave “ensemble structurel de l’unité vitale psychique” (Dilthey 117), la cual desemboca en su obra en una especie de epistemología de la totalidad inseparable del proceso de conocimiento centrado en el hombre. La aprehensión de la realidad de esa “unité vitale” no mantiene como prevaleciente ningún psicologismo, sino que se consolida mediante la perspectiva fenomenológica. Ésta intenta captar las redes coherentes y, a la vez, complejas de las acciones, reacciones y percepciones que se inscriben en la significación de las experiencias vividas por estados variados y fluctuantes de una conciencia individual necesariamente situada en una totalidad de orden histórico-social.

Lo que caracteriza el interés hermenéutico de la filología interdisciplinar de Márquez Villanueva consiste en proyectar la práctica de lectura de la obra literaria y, por tanto, el análisis textual en lo más hondo de la dinámica histórico-social teniendo como objetivo el comprender cómo una conciencia creadora –en sus modalidades específicas de subjetividad– reacciona, responde y cuestiona frente a la naturaleza profunda de estructuras de poder, de representación y de creencias cuya interrelación sustenta los rasgos y valores definitorios de una identidad política y nacional.

² No es entonces para nada sorprendente que Márquez Villanueva dijera, en un texto de principios de los años 1990, que él tenía “acumuladas muchas notas para un libro titulado *España y la modernidad literaria*” (1992, 24).

³ “El yelmo de Mambrino lo será, o no lo será, según la unidad de vida en que se estructura. En virtud de esa ontología vital (característica del mundo hispano-islámico-judaico) pudieron adquirir realidad personalizada el pulpo y el instrumento de música en el *Libro de buen amor*, o Rocinante y las yeguas de los yangüeses en el *Quijote*” (Castro III, 486).

Se entiende, en consecuencia, la razón por la que el filólogo no dejó de insistir en el beneficio heurístico que constituye la literatura para enriquecer y proponer una mirada más interior e individualizada al conocimiento histórico:

La obra literaria no hace historia pero, aparte de hallarse irremediabilmente inserta en ella, documenta reacciones, sentimientos y hechos axiológicos en un plano de profundidad vedada a ninguna otra clase de monumentos.

El testimonio del poeta no es pasivo como el de la historia social o cuantitativa sino interactivo y “profético”. Su hermenéutica, por lo mismo, no es como los otros materiales, pues incluye la integración del hecho estético que solamente la crítica literaria logra hacer visible. (1988, 134)

Conviene, pues, dejarlo claro: hay poco de lo que se suele llamar “naturalidad” en la filología interdisciplinar de Márquez Villanueva, pero sí una aguda y muy meditada depuración de materiales teóricos y conceptuales, acompañados de su adecuada metodología, para ser capaz de renovar las vías de inteligibilidad de los textos exponiendo así nuevos conocimientos y saberes ya presentes, a otro nivel y de modo muy diferente, en la potencia de problematicidad y de autoanálisis de la creación literaria más innovadora.

Ahora bien, ¿qué significación tiene el concepto de modernidad en el arte crítico del filólogo? Es una pregunta decisiva a fin de dilucidar la anatomía de las líneas directrices que dan cohesión y vertebran la obra de Márquez Villanueva, bastante alejada del legado hermenéutico del romanticismo alemán –al contrario de lo que da a entender en filigrana Y. Yovel (653)– y más acorde con la racionalidad crítica presente en ciertos aspectos de la teoría lingüística de Wilhelm von Humboldt –por ejemplo, su concepto de visión del mundo– de la filosofía de Ernst Cassirer –en particular, el planteamiento antropológico de sus estudios sobre las formas simbólicas– y la filología crítica de Jean Bollack –principalmente, el hecho de elucidar la individualidad de un sentido que se va construyendo en el texto literario enfrentándose a una tradición–.

Para concretar uno de los puntos iniciales, que conducen a la adopción del concepto de modernidad en la comprensión del hecho cultural hispano por Márquez Villanueva, cabe recordar que este último no cesó de ahondar en las repercusiones de la importancia del factor semítico en la identidad cultural de la península Ibérica, y sitúa la toma en consideración de las pautas de separación de orden socio-político así como las divisiones y fracturas –relacionadas con las estrategias discriminatorias en el pasado histórico, pero también con la manera en que éstas se interpretan en el presente– en el centro de los enfoques al servicio del tratamiento de una materia histórica. El discurso crítico pone así en tela de juicio ciertas normas historiográficas: a saber, las disposiciones conceptuales e ideológicas que constituyen, en un periodo determinado, una especie de consenso en la transmisión de algunas problemáticas “incómodas” (o conflictivas) de la historia colectiva nacional, puesto que como bien dice Mercedes García-Arenal al abordar el tema de los judíos españoles:

De son côté, l’historiographie espagnole des XIX et XX^e siècles a inclus l’étude de cette communauté juive dans le problème, aigu et lancinant pour elle, de l’intégration d’al-Andalus dans l’histoire de l’Espagne. Cet épisode entravait la construction d’un nationalisme espagnol, dans la mesure où il faisait ressortir une pluralité étrangère face aux principes de cohérence et d’unité sur lesquels se fondait le passé des autres nations européennes. (112)

Márquez Villanueva desentraña constantemente las manifestaciones y consecuencias de esta “pluralidad” indisociable del conflicto relativo a unas herencias y legados semíticos mal

asumidos por una entidad política y nacional, que también se construyó sobre los escombros de al-Ándalus –por eso, el filólogo rechazó con virulencia el nacionalismo y, posteriormente, el europeísmo a ultranza discernibles en una parte bastante significativa de la historiografía española–. Sin embargo, lo primordial es comprender que él no lo hizo solo para introducir esta “pluralidad” en un concepto más amplio –más abarcador e integrador– de la identidad cultural y nacional, sino sobre todo para mostrar la significación de nuevas formas y maneras de subjetivación, de creación, de expresión y percepción en cuyos valores diversificados –también inherentes a ópticas de negatividad– confluyen lo político, lo moral y lo poético. Aquí es donde se pone en movimiento y vivifica la sustancia más densa de esa modernidad. Es un avance capital –todavía poco entendido– porque logra radicalizar, a través de nuevos conocimientos forzosamente objeto de debates, el principio esencial de historicidad no solo como centro de gravitación para indagar mejor en las acciones de resistencia, de adaptación o emancipación –y, en algunos casos, de trágico arrancamiento– frente a las construcciones ideológicas y las estructuras del poder (político, social y religioso), sino también como núcleo comprensivo del modo en que se conciben nuevos valores y nuevas formas de expresión y de sensibilidad aptos para reconsiderar los criterios teológico-políticos y socioculturales en cuanto ejes identitarios de lo que se impone y legitima en la transmisión de una tradición nacional, cuya “pluralidad” o diversidad permanece en el centro de las tensiones y oposiciones.

De este modo, la labor de Márquez Villanueva profundiza en el impacto de las potencialidades críticas de una conciencia creadora proyectada en una totalidad histórica para desvelar cómo las modalidades de subjetivación de esa conciencia van descubriendo formas de conocimiento y procesos de creación inéditos a fin de significar más hondamente su posición, la fuerza de su presencia y situación en el *conjunto y la dinámica* del presente histórico de una época determinada⁴. En función de este trabajo hermenéutico, Márquez Villanueva puede reconstruir y dar sentido a lo que hace la singularidad y lo cualitativamente distinto de la literatura compuesta por autores judeoconvertos, en sus diferentes formas de expresión literaria y géneros (principalmente, los cancioneros, el teatro, la picaresca, la novela y la literatura ascético-mística), situándola en su propia temporalidad y factores de evolución. Se trata así de arrojar nueva luz, a partir de una aproximación que se puede calificar de antropología histórica, sobre la compleja alteridad interiorizada –en el cruce de diferentes tradiciones, prácticas culturales y modos de cuestionamiento de las creencias y valores colectivos– como característica insoslayable de la producción intelectual, literaria y crítica de la figura –necesariamente múltiple y diversa– del judeoconverso en cuanto elemento central en la concepción de una modernidad que recorre en parte la identidad cultural hispana redefiniendo sus fronteras y temporalidades internas. Aunque Márquez Villanueva insistió en el alcance emancipador y la resistencia moderna de un sector de la literatura judeoconversa en su lucha contra los atropellos del poder, lo que enseña la obra del filólogo es que lo cualitativamente distinto de esa literatura reside en fenómenos, procesos y técnicas de aguda *autonomización* que llevan a desplazar la situación y posición del sujeto de escritura en el texto, a descentrar y parcelizar su aprehensión del mundo y a introducir en profundidad otro orden de significación (perturbador, desestabilizador y a veces transgresor) en los referentes

⁴ “No es tampoco porque estimemos, como racistas vulgares o creyentes ingenuos, que el origen judío o el hecho de la conversión lleven aparejados consigo una estructura psicológica determinista, o quite o añada algo al valor intrínseco de cuanto hicieron [los autores judeoconvertos]. Es sólo porque al tomar en cuenta su carácter de convertos captamos toda una cadena de motivaciones personales que nos conducen, derechos, al cogollo germinal de unos procesos de expresión y estilo. La tragedia íntima de los mejores convertos no estriba en un sentirse *judíos* en medio de una sociedad gentil, sino en el dolor de verse sometidos a injusticias y sospechas por parte de una religión y un mundo que no les parecen bastante cristianos ni racionales” (Márquez Villanueva, 2006. 49).

culturales reelaborados por el lenguaje literario⁵. Son, en gran parte, las propiedades comunes arraigadas en ese amplio y estratificado movimiento de *autonomización* las que delinean las características de la singularidad plural –a otro nivel, también fuente de universalidad– inherente a cierta literatura compuesta por judeoconversos, la cual reconsidera y expande así los efectos de la interacción entre el centro (o sea, el poder dominante y sus pautas de legitimación) y la periferia encarnada por unas voces no heterodoxas sino discordantes –lo cual es muy diferente.

La obra de Márquez Villanueva es capaz, pues, de proponer criterios hermenéuticos alternativos en su análisis del hecho cultural hispano perfilando una visión centrada en una antropología histórica, que se funda en una nueva problemática acerca de la transmisión (de formas, de legados y tradiciones), en una radicalización del concepto de historicidad (indisociable del alcance crítico de una subjetividad que enjuicia) y en una concepción del sentido de naturaleza fenomenológica relacionada necesariamente con interrogantes morales. Son pocos, a mi parecer, los filólogos españoles contemporáneos que han logrado un nivel tan álgido de reflexión teórica siguiendo en permanente busca de un saber efectivo, el cual solo consigue verdadera significación en el arduo proceso de exégesis crítica e interpretativa, dejando atrás los callejones sin salida y prejuicios de otras muchas prácticas de lectura. No obstante, la obra de Márquez Villanueva sigue encontrando dificultades y obstáculos en su recepción en España, pero también en diferentes ámbitos del hispanismo internacional. Es como si no se supiera muy bien leer –ni tampoco querer realmente saber– lo que este filólogo intenta decir y mostrar evitando a la vez proponer todo modelo global y *sistematizador* en la tarea de comprensión del hecho cultural hispano, ya que su filología interdisciplinar ofrece en cambio una pertinente transversalidad metodológica y científica en la estela de una tradición humanista siempre preocupada por el valor histórico del trabajo crítico a favor del conocimiento humano.

Ciertamente, los derroteros del trabajo de investigación cobran relieve a la luz de la trayectoria biográfica e intelectual del filólogo. Pionero en los estudios judeoconversos a finales de los años 1950, con su tesis doctoral sevillana sobre el poeta Álvarez Gato (siglo XV), Márquez Villanueva se dio muy bien cuenta –orientado, en ese primer periodo, por *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (1948) de A. Castro– del filón inexplorado y del inmenso campo de maniobras que concentraba lo que él llamó posteriormente el “fenómeno judeoconverso”. La plena entrega estudiosa en la comprensión de este último resultaba fundamental para concebir una verdadera lectura crítica de los textos clásicos oponiéndose así a la suerte de *lecturicidio* –si se me permite el neologismo– del que eran víctimas esas obras reducidas a temas didácticos, integradas sin muchos matices en las grandes épocas y corrientes de la cultura europea (Renacimiento, Barroco, etc.), pero también denigradas y a menudo censuradas siguiendo la línea del férreo paradigma nacional-católico encarnado por M. Menéndez Pelayo. Este paradigma fue, por supuesto, un pilar ideológico durante el franquismo, cuya cerrazón reproducía la muy antigua tradición del antisemitismo apartando violentamente a España –a través del tiránico *refoulement*– de cualquier legado hispano-judío.

Después de diferentes incursiones y calas en varias corrientes críticas, principalmente la historia literaria –siempre cultivada al igual que el comparativismo–, las teorías bajtinianas –también consideradas con reservas–, la narratología y la sociología de la cultura, me parece que es sobre todo a partir de principios de los años 1980 cuando Márquez Villanueva

⁵ “Y, sin embargo, esa intención de subversión de los valores mayoritarios es a mi entender [...] esencial en el fondo a todo escritor converso, tanto en la literatura creativa como en literatura y reforma religiosas. Por eso, cabalmente, es tan original la literatura y la espiritualidad que los conversos aportaron a la cultura española” (Alcalá 287). De hecho, son también los sustratos, las condiciones y repercusiones de esa diversa “intención de subversión” lo que dilucida la labor de Márquez Villanueva.

desarrolla con más intensidad una hermenéutica filológica que lo conduce a sacar mayor provecho del estudio de los parámetros y de las problemáticas de la historia intelectual a fin de extraer un saber efectivo más operativo del encuadre pertinente para la relectura crítica de los textos. Su libro *Lope: vida y valores* (1988), pese a lo escueto del título, es bastante ejemplar de la profundidad reflexiva de orden epistemológico que ofrece mayor alcance a la relación íntima entre la perspectiva historiográfica y el análisis de ciertas obras lopescas mostrando cómo un lenguaje literario va construyendo su propia visión socio-política – castiza y conservadora en el caso de Lope de Vega– ahondando en sus caracteres intrínsecos en el plano lingüístico y, a otro nivel, en el estético para perfilar una moral tanto en el ámbito de la creación literaria como en el de la percepción de la realidad histórica de la España filipista de la época marcada por la honra-opinión y los tenaces prejuicios anticonversos.

La hermenéutica filológica de Márquez Villanueva siempre permanece en busca de ese núcleo revelador, que se encuentra en lo más hondo del trabajo de análisis y que desencadena –e ilumina– la relación recíproca entre lo político, lo moral y lo poético. Así pues, el lenguaje literario, el sujeto (de escritura) y el pensamiento se abren sobre procesos y estructuras histórico-sociales perfilando cada vez más su posición frente a éstos para proyectarlos así en otro orden de realidad, otro plano de significación y de conocimiento desentrañando – mediante la actividad transformadora y cognitiva de la escritura– lo que producen en el individuo, lo que discriminan a nivel sociocultural y lo que intentan legitimar en el plano política, o sea, también en la conciencia colectiva, en sus representaciones y su imaginario.

Por tanto, Márquez Villanueva no era simplemente un *scholar* o un profesor académico, sino también un verdadero intelectual capaz de aprehender en su excepcional erudición y saber cuanto puede ayudar a comprender lo que está realmente en juego en nuestra manera de considerar el pasado histórico y de leer las grandes obras literarias, es decir, su perenne potencialidad de autoconocimiento colectivo y de cuestionamiento a través del análisis de la construcción de categorías y conceptos políticos, que orientan y configuran las modalidades de transmisión de una identidad cultural con sus normas y principios prevalecientes.

El filólogo bien sabía que, al igual que no se puede establecer un sólido paralelo entre, por ejemplo, la historia religiosa española y la francesa, el complejo y diversificado movimiento de transmisión no se puede fundar en ningún acuerdo previo para comprender la relación múltiple entre los procesos históricos y una comunidad política en la cual se renuevan luchas internas. En efecto, más allá de cualquier fuerza de ruptura (individual o colectiva), lo que la hermenéutica filológica de Márquez Villanueva trata de elucidar consiste en la reserva y la potencia de problematización y de reconsideración inscritas, bajo modalidades específicas en función de cada periodo histórico-cultural, en lo más enraizado de cuanto precisamente está en juego en el seno de la evolución y apropiación de esa transmisión. Sin tener en cuenta este punto de vista intelectual y, a otro nivel, teórico resulta difícil entender el concepto de modernidad que recorre gran parte de su obra. Uno de los objetivos orientadores de esta última estriba de hecho en examinar y dilucidar una reserva y potencia aptas para expresar y extender los límites de lo “otro” en el pretendido “nosotros”; y, desde luego, la conquista de ese territorio único, que se debe descifrar en el universo de la creación literaria, se manifiesta por una perturbadora actividad creadora y por un gesto intelectual que hace estallar, de modo dialéctico, las fronteras y los opuestos en el plano conceptual, moral y estético. De ahí, la práctica de lectura y la perspectiva hermenéutica que Márquez Villanueva aplica a los extraordinarios *Disparates* despiadados de Juan del Encina (2001: 365-366), al “escribir sin escribir” de Mateo Alemán (1998: 35-36) y a la “poética de la paradoja” de Cervantes (2010: 316-317). La perturbadora e interrogante expansión de lo “otro” en el pretendido “nosotros” se traduce aquí, respectivamente, por el lenguaje de la aparente locura asociado a las formas del sinsentido que desrealizan el mundo, por el hecho de significar lo no dicho mediante principios retóricos tradicionales inseparables de referentes

culturales más o menos canónicos y, por fin, por la exploración de un arte literario de la ambigüedad creadora capaz de redefinir el poder de invención del acto de escritura desvelando así la realidad –a veces fantasmagórica– de las representaciones sociales, políticas y culturales.

Desde el ángulo de una evaluación ponderada de la literatura judeoconversa, el especialista de teoría crítica Fernando Cabo Aseguinolaza comenta al abordar la obra de Márquez Villanueva:

Lo espinoso del asunto radica, pues, en la plausibilidad de un discurso o de un complejo de tópicos que puedan entenderse como peculiaridad conversa. Entre estos elementos recurrentes estarían la defensa de la unidad cristiana, el elogio del mérito individual frente al linaje, la valoración de la interioridad y el menosprecio de la honra externa, las quejas contra el malsinismo, la denuncia de la mediocridad e ignorancia oficiales, y quizá también una vena antipopularista. [...] De todo lo cual se deriva otra posición [...] que conduce a considerar que un amplio sector de la literatura española áurea escondería un proceso de hipercodificación; esto es, de plasmación larvada e indicial de un amplio conflicto específico que haría exigible una hermenéutica histórica no del todo acorde con el esquematismo de corrientes y épocas que definen, presuntamente, para la historiografía más clásica la normalidad europea. (297-299)

Los diferentes aspectos de esta observación merecen aclaración, puesto que definen en parte la posición crítica de Márquez Villanueva. Cabe primero indicar que resultaría erróneo concebir ese “proceso de hipercodificación” como exclusivo de la creación literaria compuesta por autores judeoconversos, ya que esa postura desembocaría en considerar la “hipercodificación” como síntoma de la adopción por el estudioso de un sociologismo cultural que no permitiría profundizar en la comprensión de los textos en el plano semántico para sondear posteriormente la concepción de su propia verdad poética. Los textos literarios despliegan unos principios cognoscitivos que se sustentan en sus propios criterios de inteligibilidad para saber lo que dicen y por qué de esa forma. El término de “hipercodificación” –cuyo uso me parece poco afortunado por Márquez Villanueva– tiene una clara resonancia semiológica que reduce, en cierta medida, cuanto pretende abarcar y mostrar en la lectura crítica del filólogo, puesto que la función de los códigos en la textualidad de una obra literaria constituye solo un aspecto no decisivo del mundo de la ficción, el cual se posiciona necesariamente frente a discursos y representaciones de su contexto histórico-cultural. De modo correlativo, cabe destacar que Márquez Villanueva utilizó a veces ese mismo término para designar los módulos de significación de la escritura de autores que no podemos estrictamente calificar con rigor de judeoconversos; el filólogo afirma, por ejemplo, sobre Cervantes: “Su obra consagra la hipercodificación evasiva como recurso esencial de su arte y el crítico, profesional o no, lo habrá de tener siempre muy presente” (1995: 19).

Los rasgos diferenciales que caracterizan, según Márquez Villanueva, la producción literaria judeoconversa no lo conducen a proyectar ningún casticismo de nuevo cuño ni tampoco ningún particularismo irreductible sobre los textos de los escritores judeoconversos. Otro tipo de “hipercodificación” –en función de procedimientos estilísticos y de recursos poéticos diferentes– se puede discernir en autores muy alejados de las posiciones de gran parte de los escritores judeoconversos, en particular en Lope de Vega –por ejemplo, en su importante obra *La Dorotea*– o Francisco de Quevedo –recordemos su muy hábil conceptismo en *El Buscón*–. El notable influjo de Quevedo en un típico escritor marrano como Antonio Enríquez Gómez evidencia el que la más o menos discernible “hipercodificación” rebasa las diferencias de los orígenes identitarios y, por tanto, el tema de la ascendencia de cada escritor.

En realidad, lo que conviene subrayar estriba en la especificidad de los nexos entre juicio, valor y sentido que la hermenéutica filológica de Márquez Villanueva va evaluando y explicando en las obras de los escritores judeoconversos; y lo que él encuentra, en este campo de investigación, reside principalmente en la aprehensión de nociones conceptuales, de ideas intelectuales, filosóficas y morales, pero también de formas inéditas de problematización literaria de la subjetividad constitutivas de un lenguaje forzosamente polisémico y en el cual se inscriben diferentes horizontes de significación dirigidos al “discreto lector” de la época. Los análisis de Márquez Villanueva intentan penetrar el punto de vista del autor sobre su labor literaria así como el tipo de recepción lectora que encontraba la obra en su propia contemporaneidad. Sin embargo, más allá de estas rectas bases metodológicas, el trabajo crítico del filólogo pone de relieve el modo en que el lenguaje literario deja emerger y transparentar en filigrana lo que encubren esos mismos conceptos de juicio, valor y sentido – cuyo alcance también es social, histórico, político y filosófico– si se utilizan y examinan por una conciencia creadora para adentrarse en la aprehensión y visión del mundo cimentadas por los discursos, las prácticas y estrategias del poder (social, político y religioso).

Y es, precisamente, en este terreno complejo y multi-focal en el cual las particularidades de la literatura judeoconversa van adquiriendo intensidad y auténtica significación. De este modo, se reconsidera detenidamente la función, la posición y la interioridad del individuo –o del sujeto de escritura en el espacio de la creación literaria– en relación con su manera de captar y poner a prueba esos conceptos (de juicio, valor y sentido), los cuales en la poética de los textos pueden desatar un proceso de desenmascaramiento y casi de estallido de sus ejes axiológicos y normas de legitimación para desembocar así en una percepción del mundo marcada por la extrañeza, el descentramiento, la ausencia de auténticos fundamentos ético-religiosos y el mismo cuestionamiento de la acción y la conducta humanas, e incluso del sentido de la vida en esta tierra más allá del escepticismo radical –una de las mejores ilustraciones es, desde luego, *La Celestina* de Fernando de Rojas–. Es la razón por la cual Márquez Villanueva se vale a veces de la expresión “conciencia fenomenológica del propio vivir” (2002: 19) para designar una característica distintiva en la creación literaria de los escritores judeoconversos en la cual son, en varios casos, los interrogantes más acuciantes sobre la condición humana en los que se indaga a la luz de muchas de sus facetas morales, ontológicas y espirituales superando toda abstracción artificiosa en el modo de situar y captar ese “vivir” frente a lo más desazonador de una realidad socio-histórica.

El conjunto de estos elementos descolantes configura el concepto de modernidad que adquiere consistencia e intensidad crítica en la obra del filólogo, el cual franquea una etapa más sosteniendo –en relación con la problemática crucial de la transmisión– la tesis que consiste en afirmar que esa modernidad inseparable de las herencias y legados hispano-semíticos es uno de los gérmenes primordiales de la creación de los géneros más modernos de la literatura española:

La literatura de entretenimiento, en cuanto típico epidesarrollo moderno, vino a ser de inmediato la gran beneficiaria final de esta situación. La subida en flecha de las Letras hispanas estuvo ligada a un gran acto de fe en los nuevos géneros del ensayo, la novela y el drama, por definición mixtos y vueltos de espalda a la estética del humanismo academicista, pero que ofrecían inédito margen a pujantes aspiraciones de renovación poética. [...] La ficción moderna vino a representar de este modo en España una oportunidad parecida al libre espacio de maniobra que en los mismos comienzos de la literatura castellana había permitido la “notable originalidad de los géneros mudéjares”. Toda la gama de modos picaresco, pastoril y morisco, cuyo fuerte carácter adversario tomaba el camino iniciado en el siglo anterior por el sentimental, pero ahora bajo las

tensas coyunturas de hacia la década de 1550, fuertemente involucradas todas con la cuestión conversa, como en su día quedó explicado por Marcel Bataillon. La novela ha sido desde su primer vagido una voz de libertad y un clamor por la misma. (1998, 36)

Márquez Villanueva nos dice, pues, que esa modernidad presente en el hecho cultural peninsular va más allá de cuanto se ventila mediante las posiciones conflictivas inherentes al problema intercastizo. No se trata solo, en efecto, de sondear la singularidad de una fuerza de ruptura y de emancipación, pero sí de desplazar las escalas de focalización y los paradigmas de comprensión para dilucidar la propia temporalidad histórica interna de la elaboración poética de lenguajes literarios que, a través de las parcelas de verdad que engendran sus arduos artificios, van descubriendo nuevos espacios y territorios en el universo cognitivo, moral y estético de la creación literaria al responder a lo más íntimo y perturbador de la relación del sujeto con su propia realidad vital e histórica. El filólogo insiste así en que la figura del judeoconverso tal como se puede inscribir –con todas sus repercusiones– en la historia literaria e intelectual de la España medieval y de la del Siglo de Oro es uno de los elementos claves de una especie de conciencia hispánica de la modernidad en cuanto particularidad histórica y cultural primordial de la península Ibérica respecto a la Europa occidental.

La modernidad, como sabemos, no es forzosamente lo nuevo ni lo contemporáneo. Reside sobre todo en la capacidad para franquear la prueba del tiempo y los condicionamientos socioculturales expandiendo, a través de la creación literaria, la profundidad de los interrogantes ético-políticos y morales. Éstos sustentan la relación del sujeto con el mundo y con su poder relativo de autoconocimiento por medio de una constante (re)invención de la posible unión entre la expresión de una subjetividad, que se considera como auténtica, y la significación de una historicidad radical. Ahondando en un lenguaje literario que da nacimiento a otra realidad y a otro sentido en su infinita captación del mundo así como de las paradojas, las contradicciones e impulsos propios de la condición humana, también es esa posible unión en constante actividad, despliegue y transformación que hace de *La Celestina* de Rojas o de *La lozana andaluza* de Delicado obras sumamente modernas.

La problemática política que articula esa unión en permanente redefinición desplaza y cruza las líneas, las fronteras y las pautas de separación para abrirse a nuevos horizontes de significación y de conocimiento configurando así una forma de universalidad plural en lo más profundo de las propiedades comunes de un amplio y complejo fenómeno cultural al parecer singular y algo periférico. Es también esa forma de universalidad plural en torno a la cual gravita en parte la hermenéutica filológica de Márquez Villanueva sobre el hecho cultural peninsular sondeando e indagando sin cesar en la naturaleza profunda de sus dinámicas, circulaciones, transferencias, temporalidades y potencialidades creadoras e interrogadoras a fin de mantener firmemente su obra en diálogo con el pensamiento contemporáneo y con nuestro futuro. Para dar un ejemplo lúcido, menciono aquí las palabras del filósofo Reyes Mate que resuenan como un vibrante eco de la contemporaneidad y acerada vigencia del pensamiento crítico de Márquez Villanueva:

En el español actual, lo judío y lo moro están presentes como ausencias. Sólo nos entenderemos si recuperamos lo que hemos perdido, si nos redescubrimos como moros y judíos; mientras eso no ocurra construiremos o mantendremos nuestra identidad negando otras diferencias. El problema de los nacionalismos no es que extremen unas señas de identidad que sienten amenazadas, sino que olviden las exclusiones que esa identidad en peligro ha propiciado. (187)

No cabe la menor duda de que la obra del filólogo concentra y ofrece unos cauces y planteamientos pertinentes y fecundos a fin de emprender y llevar a cabo con plena responsabilidad crítica este “redescubrimiento”.

Concluyo esta contribución con otro recuerdo de Márquez Villanueva: en uno de nuestros últimos encuentros él me dijo que su labor investigadora permanecía todavía algo relegada y poco atendida en el panorama de la filología española académica, y yo le contesté que de todos modos su obra seguirá siendo leída, estudiada e incluso discutida porque su envergadura crítica y la amplísima calidad de sus proposiciones hacen que se debe necesariamente tener en cuenta, aunque sea por una simple razón de honestidad intelectual. Tras una breve pausa, el filólogo añadió en voz baja: “pues, eso espera uno”. Es esta esperanza la que he intentado suscitar aquí rastreando algunas vetas de savia pujante que recorren la fructífera fábrica de la indispensable obra de Francisco Márquez Villanueva.

Obras citadas

- Alcalá, Ángel. *Los judeoconversos en la cultura y sociedad españolas*. Madrid: Trotta, 2011.
- Cabo Aseguinolaza, Fernando. *Historia de la literatura española, IX. El lugar de la literatura española*. Barcelona: Crítica, 2012.
- Castro, Américo. *Obra reunida, III. España en su historia. Ensayos sobre historia y literatura*. Madrid: Trotta, 2004.
- Dilthey, Wilhelm. Sylvie Mesure, trad. *L'édification du monde historique dans les sciences de l'esprit, III*. París: Cerf, 1988.
- García-Arenal, Mercedes. "Juifs d'al-Andalus". En Abdelwahab Meddeb y Benjamin Stora, dirs. *Histoire des relations entre juifs et musulmans des origines à nos jours*. París: Albin Michel, 2013.
- Márquez Villanueva, Francisco. "Américo Castro y la historia." En Ronald E. Surtz, Jaime Ferrán, y Daniel P. Testa eds. *Américo Castro: The Impact of His Thought. Essays to Mark the Centenary of His Birth*. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1988. 127-139.
- . *Lope: Vida y valores*. San Juan: Universidad de Puerto Rico, 1988.
- . "Autopercepción intelectual de un proceso histórico". *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura* 137 (octubre 1992): 12-25.
- . *Orígenes y sociología del tema celestinesco*. Barcelona: Anthropos, 1993.
- . *Trabajos y días cervantinos*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1995.
- . "El problema con nuestros clásicos". *Quimera. Revista de Literatura* 169 (1998): 32-41.
- . "El mundo poético de los *Disparates* de Juan del Encina". En Samuel G. Armistead y Mishael M. Caspi eds. *Jewish Culture And The Hispanic World*. Newark: Juan de la Cuesta: 2001. 351-379.
- . "Prólogo". En Américo Castro. *Obra reunida, II. Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid: Trotta, 2002.
- . *De la España judeoconversa. Doce estudios*. Barcelona: Bellaterra, 2006.
- . *Moros, moriscos y turcos de Cervantes*. Barcelona: Bellaterra, 2010.
- Mate, Reyes. *Tratado de la injusticia*. Barcelona: Anthropos, 2011.
- Peña, Francisco. "Francisco Márquez Villanueva y el legado de Américo Castro." En Emilio González Ferrín coord. *Encrucijada de culturas: Alfonso X y su tiempo. Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*. Sevilla: Fundación Tres Culturas, 2014. 37-67.
- Yovel, Yirmiyahu. *L'aventure marrane. Judaïsme et modernité*. París: Seuil, 2011.